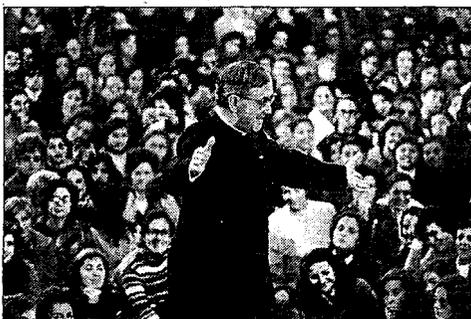


EL BLOG DEL GACETILLERO | JESÚS FONSECA

Las heterodoxias de San Josemaría



De temperamento fuerte y enérgico, Josemaría Escrivá de Balaguer, anticipativo y muy impulsivo, no dejaba indiferente a nadie. El curita -que es como le llamaba el director del diario La Nueva España de Huesca- era un hombre de carácter. No dejaba pasar una. Divertido, también y de buen humor. Y tenía, desde luego, una fuerza arrolladora. Más de 90.000 personas de 100 nacionalidades distintas forman parte del Opus Dei en todo el mundo. El fundador de este gran movimiento católico, era proclamado santo tal día como hoy, hace ahora siete años. Se trataba de «*uno de esos santos que la Providencia divina suscita de tarde en tarde, a distancia de siglos, para renovar a la Iglesia*», en palabras del cardenal Schuster. Escrivá de Balaguer es una de las personalidades más influyentes del siglo pasado. Me lo decía el alcalde de Zaragoza, **Juan Alberto Belloch**, hace un par de semanas. Naturalmente, no faltaron los detractores. Le acusaron de todo. Debió sufrir mucho. Aseguran los que le conocieron de cerca que, a su lado, se palpaba la alegría de vivir. Que todo, en él, en su modo de ser -sus gestos, sus palabras, su sonrisa constante, su mirada amable, alentadora- llevaba a Dios. Argumentan sus adversarios que estaba completamente chiflado. Y sostienen, con desprecio, que no se explican como un hombre de tan pocas luces pudo haber llegado tan lejos. Lo vi tres veces en mi vida. El hecho



Más de la mitad de los miembros de la Obra son mujeres. Lo mejor del Opus Dei.

de haber nacido en un pueblo del Alto Aragón y ser periodista, facilitó los encuentros. El primero de ellos en Barbastro. Tenía yo 19 años y había escrito en La Nueva España un artículo incendiario contra el Opus Dei, al que acusaba de conseguir con malas artes la reja del coro de la catedral de Barbastro para llevársela al santuario que estaban construyendo en Torreciudad. Vino **Escrivá de Balaguer** por aquellos días a rezar ante esa Virgen a la que tanto devoción tenía y el director del periódico, **Lorenzo Muro**, que consideraba el Opus Dei como el más grande disparate y a su fundador como un grandísimo peligro para la humanidad me mandó a Barbastro. «*Vete, me dijo. ¡A ver, a ver si son capaces de hacerte algo! ¡Que se atrevan!*» Y para allá que me fui. Al pasar **San Josemaría** -me había colocado yo, como buen gacetillero, en un

lugar estratégico-, un hombre que iba a su lado le comentó algo. Me dio entonces la mano sin pronunciar palabra, pero volvió enseguida sobre sus pasos; me miró -ahora más fijamente- y dijo con una sonrisa de oreja a oreja: «*algún día nos que-rrás*». Casi 40 años después, no me cabe la menor duda de la sobrenatural intuición de **San Josemaría** al fundar el Opus Dei. Nadie, hasta entonces, se había atrevido a decir que había que «*amar al mundo apasionadamente*». Que «*el mejor oratorio es la calle*». Algo que sonaba a herejía. Nadie a defender que la santidad es para todos. Que no están llamados sólo los sacerdotes y religiosos a vivir con plenitud la vida cristiana. Vamos, que no hace falta vestir hábitos para ser santo. ¡Menos mal! Un mensaje, basado en el amor al trabajo y la libertad, que no puede ser más válido, más actual. Otra cosa es la pertenencia al Opus Dei, que establece una exigencia que no es para todos, ni está, desde luego, al alcance de cualquier temperamento. Del mío, por ejemplo. Pero no por eso he dejado de reconocer siempre el buen hacer de aquel santazo que nació en un pueblo muy cercano al mío. Ni la aportación entusiasta de sus hijos a la Iglesia universal. Su tenacidad y entrega. Pero lo mejor, lo mejor del Opus Dei, son sus mujeres. ¡Tan preparadas! Tan discretas. Me gusta su manera sencilla y eficiente de moverse. Su caridad, tan alegre, tan humana. Me quedo con ellas.